

Lucía
o la fragilidad
de las fuertes

Maria García-Lliverós

«Una obra subyugante de principio a fin.»

Miguel Molina, librería Primado (Valencia)

Lucía o la fragilidad de las fuertes

María García-Lliverós

Primera edición en esta colección:

febrero de 2011

Segunda edición: mayo de 2011

© María García-Lliberós, 2011

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2011

Plataforma Editorial c/ Muntaner, 231, 4-1B – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com Diseño de cubierta:

Utopikka

www.utopikka.com

Depósito Legal: B. 10.137-2013

ISBN Digital: 978-84-15880-22-6

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*A mis amigas Aurora Rodríguez,
Olga Catalá y Mari Paz Hernández
A mi marido Rodrigo Muñoz*

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[1. El regreso](#)

[2. Tres amigas](#)

[3. Una canita al aire](#)

[4. La confrontación](#)

[5. Un almuerzo entre hermanos](#)

[6. Benicàssim](#)

[7. El amor, segundas partes](#)

[8. Luces entre la niebla del pasado](#)

[9. Libre y escéptica](#)

[La opinión del lector](#)

[Otros títulos de la colección](#)

[Entre brumas](#)

[Memento Mori](#)

1. El regreso

LAS COSAS NO SUCEDEN como queremos, ni siquiera cuando las hemos planeado, sino al son de las circunstancias, las reacciones imprevistas de los demás y los impulsos que nacen en la parte desconocida del propio yo. Es difícil controlar el curso de la vida. Me puse como ejemplo y decidí contarme mi historia, ponerla por escrito, ordenarla, con la pretensión de tomar las riendas del destino. El hecho me consoló en un principio y, conforme avanzaba, me enseñó a quererme. Así que el esfuerzo lo di por bien empleado.

Al anoecer de un lluvioso día de marzo, envalentonada tras atizarme un güisqui doble, marqué el número de los Serra, reconocí la voz y dije: «Papá, ¿podrías acogerme este verano en tu casa? He de divorciarme». Papá, perplejo, balbuceaba: «Lucía, ¿eres tú, hija, verdad? Hace tanto tiempo...». La conversación, llena de torpeza por ambas partes, acabó concretándose en un: «¿Cómo se te ocurre dudar-lo?» a lo que contesté: «Claro, claro», sin atreverme a añadir más. Me mostré distante a pesar del empeño por no serlo. Demasiados malos entendidos se habían consolidado entre nosotros. Sin embargo, los vínculos no estaban rotos. Me costó comprenderlo. La historia que los sustentaba tuvo su inicio antes de mi llegada al mundo.

El vagón de primera iba medio vacío y las pantallas de vídeo, suspendidas del techo cada cinco metros, a las que nadie parecía hacer caso, resultaban patéticas con sus figuras mudas en movimiento. El aire acondicionado funcionaba fuerte y yo, con sandalias, pantalón vaquero y una blusa de seda, notaba una sensación desasosegante de frío por los brazos. Eché de menos unos calcetines y una chaqueta de punto, de aquellas de perlé, ideales en las noches de

verano, que a mamá le gustaba tricotar mientras veía la televisión. Un vuelo lleno de turistas procedente de Roma me había dejado en el aeropuerto de Barcelona. Desde allí, en taxi, llegué con el tiempo justo a la estación de Sants para coger el tren hacia Valencia. Lo localicé en la vía tres, subí sin resuello y me dejé caer en la butaca como un fardo, dispuesta a dormir un rato. Estaba cansada y con ganas de llegar a... ¿Seguiría siendo mi casa? La pregunta quedó en el aire. Desperté cerca de Tortosa. El convoy, con su traqueteo constante, surcaba una llanura verde que se extendía hasta confundirse con el horizonte. A la izquierda intuí la desembocadura del Ebro. Hipnotizada, contemplaba por la ventanilla un paisaje reconocible, distinto cada tantos kilómetros y, en mi cabeza, de forma paralela y similar realismo, se sucedían imágenes vividas en una época antigua. El regreso implicaba un examen y un comienzo de etapa. El tiempo no pasa en balde, me dije, mis padres serían dos viejecitos y yo me había despedido de la juventud. Lo asumí expectante. Se adivinaba un calor tórrido en el exterior —estábamos en julio de 1991— y, como el tren es un medio que invita a la introspección, me dispuse a escuchar las voces que me devolvían a una niñez vinculada, en la conciencia, a un espacio concreto. Volvía a casa, sí, nada, ni siquiera mi voluntad, podría cambiar ese hecho. Recordé mi marcha una década antes. ¿Tanto habíamos permitido que transcurriera? Cuando Juan me dejó, me sentí perdida. El orgullo me impidió acudir a mis padres, críticos desde el principio con mi matrimonio. Tampoco ellos hicieron gestos de aproximación. Insegura, necesitaba ocultarme de sus miradas y acabé poniendo tierra de por medio alentada por una mezcla de ánimo de venganza y de demostrar que podía salir adelante sola. En eso pensaba mientras el ferrocarril irrumpía entre hileras de naranjos y, tras algún recodo, a la izquierda vislumbré el mar, de azul sedante, que aparecía y se ocultaba como si jugara al escondite con nosotros. Recapitulé: había estado deambulando por Europa, viajan-

do sin cesar, hablando idiomas que nunca dejaron de serme extraños, conociendo a gente con la que rara vez pude llegar a gozar de una amistad continuada, y ahora regresaba. El hecho constituía una prueba, fuera de mi gusto o no. Con la nariz pegada al cristal, atraída por esa naturaleza, me sorprendió una intensa nostalgia. Amaba aquello que estaba viendo, reconocí, y noté un lagrimeo de emoción en los ojos. Iba a enfrentarme con fragmentos del pasado hibernados en la memoria. Aparté el pensamiento con brusquedad, nada de anticipar problemas ni que éstos vinieran a enturbiar el placer de aquel instante.

A comienzos de la primavera había recibido una inesperada carta de Juan Martín, oficialmente mi marido. Venía escrita en un papel tamaño Din-A4 con el membrete y domicilio de su empresa, un detalle indicativo de la asepsia que pretendía transmitirme.

Querida Lucía,

Te extrañará esta carta después de tanto tiempo sin saber el uno del otro. Álvaro me dio tu dirección y algunas noticias sobre tu vida que he seguido de lejos por las colaboraciones en *Cambio 16*, revista que compro de vez en cuando. Leo tus artículos. Parece que te va bien. Me alegro. Siempre he sabido que en el terreno profesional acabarías consiguiendo lo que te propusieras.

Continúo con Amparo y, lejos de ser el capricho que pronosticaras, queremos casarnos. Deseamos un hijo. Éste es el motivo que me obliga a ponerme en contacto contigo, el de proponerte un divorcio rápido de mutuo acuerdo. Si vinieras a pasar este verano las vacaciones en España, podríamos aprovechar para zanjar el asunto. Como parte interesada, estoy dispuesto a asu-

mir los gastos en su integridad. Te ruego que me contestes lo antes posible.

Un abrazo,

Juan

Un texto escueto y preciso, al que habría dado sus vueltas. A Juan la escritura le costaba. Neutro en apariencia, aunque pude leer entre líneas su inamovible reproche hacia mi estilo de vida. Le contesté de inmediato. Llevada por un impulso, le llamé al número que figuraba en el membrete e improvisé unos planes. Su voz me sonó ronca, como si se hubiera hecho mayor de repente.

—¿Lucía? —dijo Juan con sorpresa tras pasarme una secretaria— ¿cómo estás? Me pillas en el trabajo, no esperaba que llamaras tan pronto. Supongo que has recibido mi carta.

—Esta mañana.

—¿Y qué piensas?

—Que es absurdo que sigamos casados y que adelante con el divorcio.

—Gracias, Lucía.

—Iré por ahí en julio, si no surgen inconvenientes laborales. Te avisaré.

—¡Es una noticia estupenda!

—Mis padres y Álvaro lo ignoran, acabo de decidirlo. Lo digo para que no les adelantes mis planes. Prefiero comunicárselo yo.

—Por supuesto.

—Hace demasiado tiempo que no les veo, que no veo a nadie de Valencia, en realidad. Y tú, ¿cómo te encuentras? —traté de adoptar un tono mundano.

—Con mucho trabajo.

—Y optimista, supongo —dije burlona—. ¿Estás seguro de que quieres volver a casarte?, ¿lo has pensado bien?

—¡Claro que lo he pensado! No deberías hacerme esa pregunta.

—¡Vaya!, no lo tomes a mal. Cuando nos separamos decidimos, los dos, no divorciarnos para impedir caer de nuevo en la misma trampa. ¿Te acuerdas?

—Lo que recuerdo es tu afición a los comentarios sardónicos —dijo quisquilloso.

—¡Perdona, chico!, nada más lejos de mí que iniciar una bronca.

—Descuida, no voy a enfadarme como antes. He madurado. Cuando conozcas a Amparo lo entenderás.

—¿Cuándo conozca a Amparo?

—¿Por qué no? —su voz transpiraba un matiz de fastidio—, a ella le gustaría. Esta conferencia te va a costar cara, hablaremos cuando vengas —añadió con la tacañería que le caracterizaba.

—¡No me importa lo que cueste, Juan!, puedo permitírmelo —protesté.

—Lucía, he de dejarte porque tengo una reunión, ahora no puedo atenderte, gracias por haber llamado —cortó a su manera—. Me gusta que sigamos siendo amigos. ¡Hasta pronto!

—Como quieras. Te enviaré un telegrama. Adiós, aunque te aviso de que no quiero conocer a Amparo. ¿Qué te induce a pensar que puede apetecerme conocerla?

—¡Vale!, tomo nota, nada de presentaciones entre vosotras. Ha sido un intento de mostrar cortesía.

—¡Déjate de idioteces!, liquidaremos nuestro matrimonio y nos despediremos para siempre.

—Lo haremos como gustes, Lucía, hasta pronto.

—Otra cosa antes de colgar, Juan, tú y yo no somos amigos, ¡que te quede claro!

Rememoré aquella conversación con tristeza. Había tropezado con el Juan antipático, el ejecutivo acelerado sin tiempo para aquello que no deseaba dedicar tiempo. Podría haber mostrado cierta calidez pero no lo hizo. Casarnos fue un error. Sufrí demasiado a cambio de escasos momentos de felicidad. La vida es caprichosa y nos obliga a

recorrer itinerarios raros pues, ¿cómo no captar la ironía en el hecho de que hubiese sido Juan quien facilitara la excusa para estas vacaciones en casa de mis padres? A mi huida sucedió un silencio largo con la familia. Luego se restableció, con la intervención diplomática de mi hermano, un contacto mínimo epistolar y telefónico. Nos felicitábamos las Navidades, los cumpleaños, los santos, nos esmeramos, mis padres y yo, en guardar las formas, pero no habían conseguido hasta ahora que hubiera vuelto a poner los pies en el domicilio de la calle de Sorní. ¡Cuántas mentiras envueltas en exceso de trabajo, viajes y enfermedades transitorias para evitarles! He sido cruel con ellos y conmigo. Me dejé llevar por el miedo porque, tras mi boda, el elegante piso de mis padres pasó a convertirse en una zona por la que transitaba como si hubiera arenas movedizas, una sensación delatora de mi engañoso acoplamiento al descenso de clase social al que me había conducido la boda. Ahora, con los cuarenta cumplidos, siento la necesidad de perdonar y ser perdonada. Quizás esa cifra, en la que la mitad de la vida, más o menos, ha sido consumida, suponga un límite para el tiempo de las locuras. Quería volver a ocupar un lugar en la familia y abrigaba la esperanza de que a mis padres les pasara lo mismo.

Faltaban pocos kilómetros —identifiqué Sagunto por las ruinas del castillo en lo alto de una colina— y me levanté para estirar las piernas, ir a los aseos y mirarme en el espejo. ¿Quién vendría a recibirme? Llevaba el pelo recogido en una cola en la nuca. Lo solté, retoqué el maquillaje y me escudriñé sin piedad el rostro en busca de posibles nuevas arrugas, un asunto que comenzaba a angustiarme. Evoqué a Pietro, mi amante a quien había dejado en Roma, sus palabras y su tierno abrazo de despedida aquella mañana: «Estás guapa, Lucía, te voy a añorar, cariño». Le amaba, me dije, o necesitaba amarle, quién sabe si a eso se reducía el amor tras una gran decepción. El ser humano es el único que recurre al autoengaño en busca de la felicidad, una pe-

queña trampa para ir tirando, como decía mi amiga Lola, tan sabia y pragmática. Sin Pietro el invierno pasado me hubiera parecido gélido.

Por el altavoz se anunció la llegada a destino. Un movimiento generalizado de búsqueda de equipajes y bajada de bultos se hizo presente entre las personas que compartíamos el vagón. El tren aminoró la marcha y entró en el edificio modernista de la estación del Norte. A través de las ventanillas rastree el exterior con ansiedad. Había un denso tráfico de gente en los andenes. No reconocí a nadie y la idea de que no hubieran venido a recibirme cruzó por mi cabeza con una punzada de temor, pues sólo podía significar que seguían vigentes antiguos rencores. Imposible, me dije. A papá, cuando le anuncié mi vuelta, le tembló la voz y hasta diría que lloriqueó de alegría. Con el rostro grave descendí del vagón. Un calor sofocante electrizó el vello de mis brazos, en contraste con la climatización del tren. Inicé la marcha con andar cansino hacia la parada de taxis, cuando una mano se posó en mi hombro. Volví la cabeza y allí estaba mi hermano.

—¡Lucía!

—¡Álvaro! —Nos fundimos en un abrazo e identifiqué con placer el olor inconfundible de su cuerpo—. Déjame que te vea —dije mientras me separaba hacia atrás en busca de perspectiva—; has engordado un montón.

Estaba distinto, como si se hubiera apoderado de la constitución física del abuelo Francisco, fallecido en los años sesenta. Grueso, con prominente estómago y más alto. ¿O era que yo había engordado? Me produjo el efecto de un hombre grande, sin el aire travieso y juvenil de antes. La cara redondeada y con papada, el pelo abundante, corto y oscuro. Mantenía, bajo un bigote desordenado, su deliciosa sonrisa con la que había cautivado a tanta gente, porque Álvaro es simpático, tiene el don de caer bien y lo sabe utilizar. Me miró a su vez con afán de análisis, buscaba las

transformaciones obradas por el tiempo, pero se expresó con perfecta galantería.

—Tienes un aspecto fantástico, Lucía, estás estupenda.

—Gracias, no hace falta exagerar.

—¡Javier!, saluda a tu tía —mi hermano le hablaba a un niño que hasta ese momento me había pasado desapercibido—. Supongo que te acordarás de tu sobrino.

—¡Hola! —dijo con timidez.

—¿Cómo no iba a acordarme? —Le di un beso—. Aunque la última vez eras tan pequeño... Y tu hermana, ¿no ha venido contigo?

—Está en el coche con mamá. Papá lo ha dejado en segunda fila.

Javier tenía doce años y había heredado de los Serra los ojos claros y el aspecto de elegante desaliño. Se parecía a Álvaro y en algunos gestos me veía reflejada yo cuando era pequeña. El hecho me impresionó. Siempre he pensado que nuestros ascendientes viven en nosotros a través de los gestos. A partir de algún momento del futuro, cuando la muerte me haya desterrado de este mundo, viviré, es un decir, a través de Javier y su descendencia.

—Démonos prisa o me pondrán una multa —dijo Álvaro—. Los guardias de tráfico son una panda de majaderos que en lugar de agilizar la circulación se dedican a multar. Un afán cobratorio inútil por parte del Ayuntamiento porque la mayoría no las paga. Esta ciudad continúa siendo una pesadilla.

Álvaro solía criticar todo sin ningún ánimo de pelear por cambiar las cosas. Un trabajo que reservaba a los demás.

—¿Es éste tu equipaje? —Comenzó a cogerlo—. La verdad, te encuentro de maravilla, Lucía, y no exagero.

—Reconforta oírlo. ¡Vamos, Javier! —Le tomé la mano a mi sobrino y nos dirigimos hacia la salida empujados por la muchedumbre.

Aurora, mi cuñada, esperaba de pie, junto a la pequeña Cristina, al lado de un Ford Scorpio gris. Casi no había cam-

biado. Conservaba el buen tipo y en aquel momento me pareció, al primer golpe de vista, más informal a como la recordaba. Llevaba unos pantalones blancos y una blusa roja que le favorecía, el pelo recogido en un pequeño moño en la nuca y unos pendientes de aros de plata. En cuanto nos vio, se acercó a saludarme con una sonrisa radiante. Nos besamos.

—Por fin te vemos por aquí, Lucía. ¿Qué tal el viaje?

—Un poco cansado. No encontré billete en un vuelo directo y tuve que hacer esta combinación. A cambio, he descubierto que me gusta el tren. ¡Hola, Cristina! Caramba, si cuando me fui eras un bebé. Ven, dame un beso.

Nos acomodamos en el coche. El matrimonio en la parte delantera y yo con los niños en la de atrás.

—¿Qué tal los papás? —pregunté.

—Tu padre bien —contestó Aurora—, para la edad que tiene —precisó—. Tu madre está más delicada, aunque se cuida mucho. ¿Verdad, Álvaro?

—Estos días los han pasado inquietos. Tu llegada ha supuesto un gran acontecimiento, les ha llenado de ilusión y les ha trastornado. Han hecho un montón de preparativos. Piensan que vas a pasar el mes con ellos.

—¿De verdad?

—Quieren ir contigo a Benicàssim. Supongo que te apetecerá —anunció Álvaro con astucia—. Nosotros acudiremos en agosto, como cada verano.

—Tía Lucía, en Roma, ¿has visto al Papa?

—Sólo de lejos, Cristina. No es fácil tropezártelo por la calle, ¿sabes? —Mi sobrina se parecía a su madre, espigada, más reposada que Javier, morena y con unos ojos negros, embellecidos por larguísimas pestañas, que depositaba con fijeza exigiendo respuestas concretas.

—Lo de Benicàssim es buena idea —dije para retomar el hilo.

—Papá cree que te entusiasmará. ¿Desde cuándo no has ido por allí?